

ANARTIA, 27 ("2015" 2018): 87 - 94
ISSN: 1315-642X

Obituario

Carlos Bordón: 1921-2012

A mediados de los 1980 leí un artículo de bioespeleología en uno de los primeros números que conocí del *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales* (1959), se trataba de un recuento de la fauna conocida de la Cueva del Guácharo, firmado por Carlos Bordón. Pocos años después pude adquirir en Maracaibo varios ejemplares de una buena revista caraqueña sobre ambiente y ambientalismo: *Ámbito*, de la cual no llegaron a publicarse ni diez números. Allí leí artículos de opinión escritos por Bordón, todos idiosincráticos y fuertemente críticos en relación a temas como la tala y la quema de bosques en Venezuela, y asuntos que entrarían en lo



Carlos Bordón en actitud familiar de diálogo ameno, mientras asaba pescado en su terraza (1993)

que hoy denominamos cambio global y cambio climático. También en esa época llegó un ejemplar de la *Fauna hipogea y hemiedáfica de Venezuela* (editado por el Instituto de Espeleología Emil Racovitza de Rumania y la Sociedad Venezolana de Espeleología) a la biblioteca de la Facultad Experimental de Ciencias de La Universidad del Zulia, donde yo estudiaba, y a través de la lectura de sus variados capítulos me acerqué aun más al personaje que yo imaginaba como el bioespeleólogo pionero de Venezuela y el más exitoso recolector de invertebrados terrestres en cuevas de América Latina. Muy pronto nos íbamos a conocer y haríamos de nuestra amistad una poderosa y sincera relación de intercambio y aprendizaje. Hablaré de Carlos Bordón, fallecido - irónicamente de forma prematura - a los 92 años en su casa de El Limón, estado Aragua. Recibí la inesperada y triste noticia la misma noche del 17 de septiembre de 2012, a través de una corta llamada telefónica de nuestro amigo común y colega entomólogo John Lattke, quien estaba consternado en el lugar del acontecimiento. Quedé congelado. Las ocupaciones de los años recientes me habían alejado de Carlos y en la última ocasión que lo visité en su acogedora residencia sombreada por todos lados por frondosos árboles de mango y aguacate, le aclaré, tomando su exquisito aguardiente artesanal de mango, que había dejado de escribirle o llamarle por lo ocupado que me encontraba en el trabajo, metido en pesadas tareas administrativas, y no por las diferencias ideológicas que emergieron entre nosotros en el alienante y trágico escenario de la política venezolana.

Un recuerdo remoto: a pocas horas de haber defendido mi tesis de licenciatura en biología el 6 de diciembre de 1990 partimos, los integrantes del Museo de Biología de La Universidad del Zulia, en dos camionetas que rodaron durante toda la noche, a una reunión nacional de taxonomía zoológica en la Estación Biológica Rancho Grande (Parque Nacional Henri Pittier, estado Aragua), en la cual se originó, después de tres días de propuestas y discusiones la Asociación de Colecciones y Museos de Zoología de Venezuela. El último día del evento encontré a Bordón por la tarde, en la estación, leyendo unas carteleras. Allí mismo nos conocimos y establecimos nuestro diálogo. Íbamos de salida hacia Maracaibo, capitaneados por José Moscó quien era poco dado a alterar los planes, pero desvíamos la ruta un par de horas para atender la amable invitación de mi nuevo amigo y entrar en el subterráneo de su casa, lleno de

libros y colecciones entomológicas. En mi recuerdo permanece la diversidad de temas tratados, como era su animosa costumbre, entomología, cuevas, viajes, expediciones, historia, política local, foránea e internacional, exobiología, horror cósmico, filatelia, cocina, química, ingeniería, música, economía. Además, nunca olvidaré las imágenes de su extraordinaria colección de gorgojos (Coleoptera, Curculionidae; una de las más grandes jamás lograda en América tropical), su biblioteca variada y especializada, su voluminoso archivo epistolar, los álbumes de fotografías como registro de lo mucho que hizo en su vida, sus planos y mapas, una colección de plantas y rocas de la Patagonia y Tierra del Fuego, el cráneo y otros huesos de un enorme oso de las cavernas triestinas, recuerdo de las memorables aventuras de su juventud, y un extraño instrumento musical con una sola cuerda de crin, delicadamente tallado en madera, familia del violín, una guzla de la región balcánica. El mesón lleno de muestras en alfileres y un microscopio estereoscópico daban el toque definitivo al envidiable sótano-laboratorio, con intercomunicador directo a la cocina de la casa. Después supe que a través de él lo llamaban desde arriba a la hora de comer. Aquellos espacios de privacidad intelectual que llegué a visitar y en donde después llegué a trabajar durante horas en numerosas oportunidades guardaban el característico olor a creosota, sustancia oleosa derivada del fraccionamiento de alquitranes de carbón que usaba Bordón para resguardar sus colecciones de las plagas (menos cancerígena que la naftalina, según sus propias palabras). Nada podrá borrar esa experiencia de mi memoria olfativa. Es el aroma antiséptico por excelencia.

Por la diferencia de edad Bordón pudo haber sido mi padre y hasta mi abuelo, pero su trato siempre fue el de los seres humanos que detestan las barreras generacionales. Me obligó a tutearlo y me hizo beneficiario de su don natural de maestro elocuente. Esta virtud la alternó con una capacidad fuera de lo común de escuchar a sus interlocutores con agudeza y preclaridad. Nunca le fallaba el buen humor, pero era básicamente un discutidor, razonable y entretenido, dotado de una memoria admirable. Fue además un lector acucioso y crítico. Con frecuencia hablábamos de literatura y a través de su experiencia conocí por primera vez la obra de varios autores prominentes de la narrativa de Europa del este. Escribía muchísimo, aunque me parece que no publicó tanto como hubiese querido. Estoy seguro que en algún momento futuro de sosiego podremos hacer una

lista y compilar su obra escrita, sus publicaciones sobre taxonomía de gorgojos, bioespeleología, ingeniería, relatos históricos y sobre expediciones, sus folletos impresos privadamente sobre tan variados temas como “la hermandad suramericana” (en la que no creía y era uno de sus temas favoritos para exhibir su singular sarcasmo. Tenía muchas experiencias de primera mano que usaba como prueba de su desafiante tesis), la economía despilfarradora de los venezolanos (“la economía de Condorito”), la política latinoamericana (Bordón venía del comunismo italiano y de participar en las guerrillas de Tito en Yugoslavia, pero se hizo un crítico muy agrio del populismo y el socialismo latinoamericano que él llamaba “trasnochado”). En Maracaibo hicimos publicarle un folleto, *El carbón de las cenizas*, en donde criticó los proyectos de extracción de carbón del occidente del estado Zulia. También recomendamos alguno de sus artículos a la revista *Dominios*, de la Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt”. No había tema que no tocara en discusiones y conversaciones personales sobre los que no hubiera hecho mención en sus notas de opinión, dispersas en diarios nacionales y revistas periódicas. Escribió y publicó por cuenta propia un folleto ilustrado con una bella y emotiva semblanza de Andrew Field, ecólogo vegetal británico con quien colaboró en el proyecto de instalación de plataformas en árboles gigantes de la selva nublada de la Cordillera de la Costa en Venezuela. Sus trágicos destinos se vieron cruzados por la coincidencia en la causa de sus accidentes fatales: caídas de las alturas. Con ayuda de amigos inquietos e inconformes creó en Maracay la revista *Contracorriente* y el boletín electrónico *Mundo Sobrepoblado*. Fue incansable en los oficios de pensar, escribir y editar. Últimamente se quejaba de que no le alcanzaba el tiempo. Debió invertir muchas horas en la práctica epistolar. Sus cartas no eran saludos ni meras narrativas, a menudo se convertían en brillantes análisis de todo cuanto acontecía a su alrededor o lo que podía leer en revistas y periódicos, que era mucho. Yo vivía en Maracaibo y él en Maracay, por lo que cualquier comunicación la hubiéramos podido resolver por teléfono y sin embargo ambos preferimos las cartas; todas larguísimas, y siempre acompañadas de recortes de la prensa, borradores de artículos, libros, mapas, fotografías. Nunca vinieron en pequeños sobres. Las cartas de Bordón y las mías viajaban esa corta distancia en direcciones opuestas (antes de que descubriéramos el correo electrónico) en sobres de manila repletos de papel a reventar. Y eran mensuales. Esta

práctica se hizo maniática y exagerada cuando por mis estudios de posgrado me mudé a Londres entre 1995 y 1998. Sin embargo, me sorprendí gratamente de la apertura de mi amigo a las novedades tecnológicas (mayor que la mía, debo decir) y en ese periodo empezamos a usar el correo electrónico y los documentos anexos en todo tipo de formato digital. Vi en Bordón, fotógrafo consumado, en la práctica y la teoría, la evolución de sus destrezas desde la fotografía analógica en blanco y negro (que él mismo revelaba en cuarto oscuro doméstico) hasta los formatos digitales, llegando a dominar el manejo de software para el ensamblaje de imágenes panorámicas que me mostró con orgullo las últimas veces que nos vimos.

Bordón vino a Maracaibo, con su esposa Nora, a visitarnos, a recolectar insectos, a revisar las colecciones de Coleoptera de la universidad y en las noches hacíamos la tertulia con los jóvenes del Museo de Biología en el Laboratorio de Taxidermia y Preparados Anatómicos de la Facultad de Humanidades, con ron y cerveza. Todo aquello con gran regocijo del jefe de la pandilla, el profesor Ramón Acosta que brindaba en copa por “Carlos de Bordón”, haciendo sonar el nombre con cierto acento solemne inventándole una especie de nobleza real a nuestro invitado, quien reía allí de la disparatada ocurrencia como un muchacho más.

Nuestro amigo, bautizado Carlo Bordon Azzali, fue natural de la ciudad de Trieste, Italia, donde vio la luz en el año 1921. Movido por malestares sociales de la posguerra en su región y animado ante la perspectiva de respirar otros aires llegó a Venezuela de 36 años como ingeniero civil. Recordaba frecuentemente cómo había sido muy bien recibido en este país, el cual sintió como propio, por lo que se hizo ciudadano venezolano. Se desempeñó profesionalmente para la empresa Precomprimido, C. A., pionera en alta ingeniería en Venezuela (puente sobre el Lago de Maracaibo, viaducto alterno Caracas-La Guaira, corredores cubiertos de la UCV, astilleros navales, represa del Guri, Plan Maestro de Puerto Cabello). Paralelo a la práctica de la ingeniería en Caracas, Bordón comenzó a explorar el territorio venezolano y su naturaleza, siguiendo el llamado pasional de dos disciplinas que cultivó con intensidad desde su juventud: la entomología y la espeleología. Conectó con otros naturalistas entusiastas de Caracas y Maracay y en 1964 participó en la fundación y establecimiento de la Sociedad Venezolana de Entomología (SVE 1); su ingreso proactivo a la Sección de Espeleología de la Sociedad

Venezolana de Ciencias Naturales contribuyó sin duda al despertar de inquietudes de al menos dos generaciones de exploradores de grutas, y desde allí emergió como uno de los miembros fundadores de la Sociedad Venezolana de Espeleología en 1967 (SVE 2). En la década de 1940 también había sido fundador de la Commissione Grotte "Eugenio Boegan" del Club Alpino Italiano. Traía experiencia acumulada en la exploración de cavernas del carso triestino y ya conocía mucho sobre la fauna troglobia y los métodos para su recolecta y estudio. Apartando por lo temprano (1814) el aporte de Alexander von Humboldt, al describir el guácharo (*Steatornis caripensis*) de la cueva de Caripe (hoy Cueva del Guácharo), la labor pionera de Carlos Bordón en el descubrimiento de la fauna de muchas cuevas de Venezuela le valdría ser considerado el primer bioespeleólogo profesional del país en la época moderna. Fue maestro, consejero y mentor de todos y cada uno de los que cultivaron o cultivan aún esta rebuscada especialidad nacional. Exploró individualmente o formando parte de equipos multidisciplinarios de las sociedades científicas ya nombradas, muchas cuevas en Venezuela. Conoció bien las principales regiones cársticas al norte del Orinoco, particularmente en la zona centro-norte (Cordillera de La Costa), oriental (macizo de Caripe) y occidental (sierras de Falcón y cuencas del Guasare-Socuy en Perijá). Produjo los primeros recuentos de la fauna invertebrada de la Cueva del Guácharo y de la Cueva Alfredo Jahn, entonces las más largas que se conocían en el país. Incursionó como entomólogo y espeleólogo en el vasto territorio al sur del Orinoco (por ejemplo, las simas de Sarisariñama). Jubilado y descargado de compromisos laborales organizó y ejecutó varios periplos de exploración entomológica en Suramérica; llegando a rodar en su vehículo todo terreno desde el norte de Venezuela al sur de Tierra del Fuego. En estos viajes acampó por meses en compañía de su esposa Nora y recolectó insectos, otros invertebrados y curiosidades de la naturaleza en localidades que probablemente ningún otro entomólogo volvería a visitar en muchos años. Sentía gran pasión por lo científico pero era respetuoso de lo misterioso y de lo aparentemente inexplicable. Organizó una colección entomológica de varios cientos de miles de ejemplares debidamente documentados, gran parte de la cual reposa desde el año 2000 en el Museo Regional de Turín en su Italia natal. La salida de la colección Bordón de Venezuela generó polémica, resentimientos y opiniones encontradas

entre los miembros de la comunidad entomológica de Venezuela, particularmente en Maracay-El Limón, lugar de residencia y trabajo de Carlos y de una cantidad importante de entomólogos, la mayoría profesores de la Universidad Central de Venezuela. A partir de entonces sus relaciones con la comunidad entomológica local se enrarecieron. Creció sobre Bordón cierto ostracismo y empezaron a desvanecerse sus vínculos profesionales y de amistad. Fui testigo de esta indeseable situación y escuché con paciencia los argumentos de las partes. Viendo estos acontecimientos en retrospectiva me parece que Carlos atinó muy bien previendo que en los años por venir nuestras instituciones académicas se verían comprometidas en la misión de preservar y mantener adecuadamente las frágiles colecciones biológicas. Más de una vez hablamos de la precariedad de las tradiciones institucionales venezolanas, del caos económico que terminaría por arrasarse todo lo que no fuera esencialmente útil para la supervivencia. Sabía de historia y daba lecciones sobre los ciclos de construcción y destrucción. Sacar su colección a Italia no fue un acto de egoísmo sino un favor a la humanidad y un secreto homenaje personal a su primera patria. Su gigantesca colección entomológica no está escondida: se encontrará en Turín a buen resguardo y a disposición de quienes requieran estudiarla. Sin embargo, es necesario apuntar que en todas las colecciones institucionales de Venezuela y en numerosas colecciones privadas y públicas del extranjero reposan cientos de miles de insectos recolectados por Bordón. Fue su sana práctica repartir duplicados (siguiendo el sabio consejo de Fabricio), donar material que pudiera ser de interés a otros especialistas, enriquecer las colecciones institucionales, intercambiar. Da cuenta de este testimonio una larga lista de géneros y especies que llevan el nombre de Bordón, y no pocos agradecimientos públicos a su persona. La razón es muy sencilla; estaba en contacto con una legión de especialistas bioespeleólogos y entomólogos de muchos países y a todos remitía especímenes para ser estudiados. Él era un puente internacional al servicio de la ciencia y su casa un lugar de encuentro de personalidades.

Siempre fue hospitalario y afable, al igual que su fiel esposa Nora, filatelista. De sus dos hijos, Fulvio y Lina, conozco a la segunda, que era además su vecina y guardián. Los domingos venían a su casa familiares y amigos, a comer pasta o sardinas asadas al

carbón y a beber por igual vinos de Europa o licores artesanales que Bordón destilaba en la cocina de la casa.

Recibí de Carlos Bordón una muestra de aprecio modesta pero inolvidable, cuando en 1997 me dedicó el nombre de una especie de gorgojo, *Naupactus viloriai*. En el 2003 correspondí este generoso obsequio con la descripción, en colaboración con Tomasz Pyrcz, de la primera mariposa braquíptera conocida en el mundo, *Redonda bordoni*, descubierta por él y por Nora en el páramo de La Negra (estado Táchira). Guardo con celo para el momento oportuno algunos sobres con especies de mariposas todavía no descritas que Carlos recolectó hace cuarenta años en los páramos de Trujillo y que me obsequió sacándolas de una caja secreta la última vez que nos vimos.

Ángel L. Viloría*

* Centro de Ecología. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Apartado, Caracas 1020-A Venezuela. e-mail: aviloría@ivic.gob.ve